

“La discapacidad de las luciérnagas”

por Lic. Esteban Levin

-X-

En el artículo anterior comenté la entrevista con María, mamá de Joan, quien en el cruce de miradas, en ese sutil toque intocable del encuentro de los rostros afirma: “Doctor, tengo que hacerle una pregunta, ¿Mi hijo es autista?”. Soledad, desamparo e intemperie alojan este interrogante.

¿Cómo ocurriría una existencia autista?, ¿Cuerpos sin subjetividad?, ¿La existencia de un “espectro autista”?, ¿Ser sin existir, sino siendo diagnosticado y pronosticado autista?, ¿Qué podría hacer un niño sometido a la fijeza e inmovilidad de la permanencia de la misma experiencia diagnóstica?.

Cuando en la clínica o en la escuela nos encontramos con la mirada de un niño que hasta ese momento no podía mirar o le cuesta sostener la mirada. No estamos jugando. Miramos la mirada del otro, somos sensibles a esa mirada que nos conmueve. Nos dejamos “tocar”, “mirar” por la mirada del otro y en esa intriga nos conmovemos al reconocernos en un espacio que no es ni de uno, ni del otro. Se trata de la relación, del sutil espacio del “entredós”. Es un espacio donde el sentido se multiplica, pues ni depende ni de uno ni del otro, sino de lo que acontece entre ambos. Al contrario, en un punto exactamente opuesto el diagnóstico pronóstico metodológico ofrece siempre adecuadas respuestas prefijadas, seguras, eficaces, eficientes y cerradas en si mismas. Crueldad en el origen de la relación, en el cual el “normal” el que “sabe”, el diagnosticador tiene todo el poder, cabría entonces una pregunta: ¿Es que el diagnosticador tiene el poder, o en realidad es el poder el que tiene al diagnosticador como su más fiel representante?.

-Y-

Muchas veces, el niño y su problemática sea cual sea el origen causal, es contemplado, pensado como marca categorial. La singularidad de su historia, del nombre propio se pierde carcomido en función de la categoría clasificatoria a la cual pertenece. De este modo, el diagnóstico actúa con la propia metodología y en la práctica, el método anula y no soporta lo imprevisible, el azar, el sin sentido y en definitiva el acontecimiento. Para ello, determina y dicta reglas, legalidades y deberes (para los padres, para el niño y el establecimiento escolar) que definen a que y como jugar, estimular, trabajar, leer, etc. Al nominarlos en la discapacidad inalterable y fija, se realiza la crueldad de quien supone tener la verdad y con esa certeza deja de lado lo extraño, lo singular, la heterogeneidad de cualquier experiencia subjetiva que produce plasticidad.

Para nosotros, el otro (sean los niños, los padres, los docentes, la escuela) es un misterio, porque justamente es otro con el cual tenemos que relacionarnos y constituir una experiencia diferente donde entra en juego el azar, la ambigüedad, las contingencias propias del humano que va mucho mas allá de cualquier discapacidad.

-Z-

Joan soporta una “verdadera” sentencia: “es autista”, con ella a cuestas tiene que realizar diferentes métodos y metodologías de acuerdo a esta patología, que implica tratamiento cognitivo, terapia ocupacional, fonoaudiología y estimulación sensorial. Durante un año,

diariamente, realiza todos los tratamientos e indicaciones que debe hacer estrictamente (le explican como armar rutinas, como higienizarlo, hablarle, cuidarlo, ejercitar secuencias didácticas y pedagógicas con diferentes objetos). Como la madre no estaba convencida de todas las terapias que recibía Joan, pues no veía muchos cambios, decide comenzar otro tratamiento en la institución que superviso.

En este momento Joan tiene cinco años, él es un niño pequeño cuya mirada denota un rostro dócil que demanda reconocimiento y espejos para jugar con él. Cuando lo veo, en el marco de la supervisión, está contento, me mira, lo saludo y vamos al consultorio, donde hay una gran palangana con agua. Dentro de ella se encuentran diferentes animalitos como ranas, pececitos, cocodrilos y algunas bombitas de agua. La terapeuta relata, narra una historia construida a lo largo de las sesiones que sostiene con Joan. Está jugando con un río lleno de peces y otros animales, mientras que relata la escena, Joan escucha atentamente, despacio mete la mano, mueve el agua y realiza un gesto invitándome a hacerlo. Junto con la terapeuta, los tres movemos los animales, hacemos olas con el agua y también aparece un muñeco de plástico que construyeron en otras sesiones utilizando una botella.

Al mismo tiempo, al mover la palangana, todo se mueve, los peces, las ranas, el cocodrilo, el muñeco, pero al poco tiempo la escena comienza a tornarse repetitiva, se reitera sin dramática. Concretamente reproduce la sensación del movimiento en sí mismo, lentamente, se licua la representación que carece de vida dramática, de impulso, de apertura. Parecía encerrada en ese hacer. Estoy atento y preocupado por la ausencia de volumen escénico, parecía que la potencia del deseo languidece sin pausa, ni contrariedad, se aplanan, se apaga, sin pliegues. Ante este hecho, tomo una de las bombitas de agua y la transformo en un pececito malo (para ello me desdoble, cambio la voz y le doy vida a la bombita como personaje hostil y malvado).

Joan está atento y responde con el muñeco a las agresiones del pez bombita. La escena toma consistencia, la bombita tiene un hilo, aprovecho este hecho y ato en el otro extremo al muñeco que había construido con su terapeuta. De esta manera, queda capturado por ella. Joan defiende al muñeco y se pelea con el terrible pez bombita. En uno de esos forcejeos, el maldito pez (que encarno con la gestualidad y la voz) arroja al muñeco por la ventana. Cuando Joan lo va a buscar, como estaba atado al pez bombita, tiro del hilo y Joan no lo puede agarrar. El pez bombita lo arrastra por un pasillo, por el patio, por la cocina. Mientras Joan, junto a la terapeuta audazmente tratan de recuperarlo.

Joan, no para de reír y de alcanzar al malvado pez que no deja de portarse mal y esconderse. Finalmente, logra atraparlo, lo vuelve a colocar en la palangana. Corriendo tras el “temible” pez bombita, en un momento, al esconderlo tras la puerta de un aula exclama: “Me escondí, nunca me encontrarás”, Joan alegre responde: “Sí” y va a buscarlo por la cocina, el jardín, el patio. Finalmente, logra atraparlo, lo vuelve a colocar en la palangana para que no vuelva a escaparse.

-A-

En toda esa escena, que dura unos instantes, Joan está jugando, se desdobla y puede hacer de cuenta que el muñeco habla, se queja, nada, juega con los peces y pelea con el “malvado pez bombita”. En el jugar, el placer del deseo no tiene un objeto propio, se constituye en la escena, no se sabe que va a pasar. Pero es justamente este no saber el que funda la imaginación, la ficción y la demanda.

Los tres compartimos el deseo de jugar con otro. Habitamos un espacio (sin ninguna patología mediante) en el cual cada uno podía ser otro sin perder su lugar (el de Joan, el de la terapeuta y el de Esteban). Entre los tres construimos la complicidad e intensidad necesaria para que la experiencia escénica potencie la plasticidad simbólica que le permite a Joan afirmar la imagen del cuerpo, a partir de la cual puede decir yo, sin coincidir consigo mismo y con lo carnal del cuerpo o la discapacidad.

En la experiencia escénica, “sin darse cuenta” estábamos jugando a las escondidas. La presencia y la ausencia del personaje “pez bombita” que había atado al querido muñeco, causaba el deseo de buscar, explorar y curiosear para poder ir a su rescate y encontrarlo. La experiencia infantil indudablemente cobra vida, la intriga por saber donde estaba, la intensidad de esa búsqueda ampliaba el tiempo y el espacio clínico. La plasticidad simbólica componía una escena marcada por la relación transferencial que se generaba en el entretejido escénico.

Cuando Joan entra en la ficción aparece en esa experiencia la imaginación. Ella implica que las cosas puedan vivir como fantasía, o sea, escapar de su imagen de cosa e inventar creando otras. De este modo, la acción (agua, palangana, animales) mediadas por el funcionamiento de la función simbólica deviene representación y aventura. Cuando jugamos con Joan, la escena tiene un sentido móvil, plástico, que se va transformando a medida que se va realizando. El pez bombita, el muñeco, los peces, no portan siempre el mismo significado, en realidad varía de acuerdo a como se van relacionando entre si y con los otros. De allí, la pluralidad y la apertura de la experiencia.

-B-

Justamente, unos de los problemas más complejos con los cuales nos encontramos cotidianamente es cuando hay una sola imagen para una sola cosa, o sea, una imagen sin imaginación, por ejemplo cuando un niño toma un animal, lo señala, lo agarra, dice el nombre y el color que tiene pero no juega con él, o señala el color rojo de un globo o el azul de una pelota pero no la lanza, no juega a darla o recibirla o a meter un gol.

Una imagen sin imaginación carece de vida, de plasticidad. Es rígida, dura, y está adosada, atada a un significado, a una cosa en si misma y no puede modificarse ni transformarse en otra. No es plástica. Por lo tanto, siempre se presenta la misma historia que se eclipsa en un único y unívoco sentido.

Nos revelamos a esa imagen inerte. Joan, pone en acto la posibilidad de producir la plasticidad simbólica, la negatividad, no como negativo, sino como constitutivo de otra escena en la cual, el agua en la palangana deja de serlo y se transforma en un río, los peces inmóviles de plástico en el hacer de cuenta dejan de ser cosas, tienen vida, hablan, dialogan, se pelean y amigan. La bombita de agua sufre la metamorfosis y ya no es látex que contiene agua, sino un personaje malvado, feroz y destructor. Cada uno a su manera, para Joan y para nosotros, deja de ser la cosa que era e impulsado por la imaginación y la fantasía, despliega el deseo de existir relacionándose con otros donde, se despliega la capacidad de afectación, de afectar y al mismo tiempo, ser afectado por aquella experiencia en la cual pone en juego la imaginación en acto, en el acto de jugar.

-C-

En nuestro trabajo con los niños somos sensibles al sufrimiento del otro. Para hacer de ese sufrimiento un acto ético transformamos lo imposible (lo que no tiene imagen, ni

representación, lo que causa el sufrimiento) en la ficción de lo posible. La experiencia que allí se produce implica un no saber, no se puede programar, ni planificar, ni fabricar de antemano. En realidad, es lanzarse e incluirse en una aventura sin saber lo que en ella se va a encontrar. En esa instancia se estructura el placer del deseo que genera aún más deseo de desear, y al hacerlo aparece invariablemente un sujeto. Tal vez, sea justamente esa nuestra responsabilidad incondicional: no perder de vista nunca al sujeto que se asoma, se deja entrever en cada gesto, palabra o actitud corporal por fuera siempre de cualquier diagnóstico, síndrome o pronóstico.

-D-

La pequeña luciérnaga nos puede servir como metáfora de la discapacidad y los diagnósticos. Estos diminutos insectos emiten intermitentemente una pequeña luz. La discontinuidad del brillo delinea imaginariamente un camino, nunca determinado del todo. Simplemente señala, da pistas y se deja entrever entre las sombras de la oscuridad. Sin el brillo intermitente, la luciérnaga como tal perdería su nombre, su cuerpo y la razón de ser. Sería una discapacitada, un diagnóstico o un pronóstico prefigurado e invalidante para siempre.

La luciérnaga para ser ella necesita un cierto brillo que se prende y se apaga de acuerdo a cada camino que inventa en su recorrido. Sin embargo, para brillar necesita cierta oscuridad, sino no se ve, pero si alguien le sacara la oscuridad o la luz intermitente solo sería una discapacitada y como tal, carecería de luz. Sería claramente lo que es: un puro cuerpo. La belleza en la luciérnaga consiste en que no ilumina del todo, todo el tiempo, solo lo hace en un instante que se pierde para recorrer un nuevo tramo en cada experiencia. Pero para que ella pueda hacer su camino, hay que dejarla volar y brillar sin querer atraparla y dominarla. Si se lo hace pierde el brillo, la luz y solo aparece el cuerpo discapacitado.

Brillar para una luciérnaga es nombrarse diferente, ella tiene que soportar no saber cual es su destino, pues sino no recorrería su camino. El problema está en que no todos los que trabajamos en el campo de la discapacidad y sus problemas están dispuestos a soportar la ignorancia. Aquella que es la única posibilidad para que intermitentemente aparezca la luz, el brillo, o sea, el ser luciérnaga. Por suerte, Joan, aparece como sujeto y ese brillo intermitente pero tenaz refuta cualquier diagnóstico de autismo.

Lic. Esteban Levin

Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).